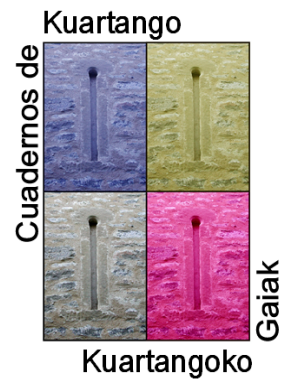




1

Eskolunbe

Carlos Ortiz de Zárate



Edita:



**Amigos de la Casa Troncal
Urbina - Basabe
Urbinatarren Oienetxeko
Lagun**

www.torredeurbina.net

Marzo 2006 Martxo

EL SANTUARIO DE ESCOLUMBE

Carlos Ortiz de Zárate

4

www.dorretxea.net



El santuario de Escolumbe se encuentra en jurisdicción de Catadiano, al Noroeste de la Sierra Badaia, junto a un viejo camino medieval que bajaba de esta sierra por el paso de Arnate, y que provenía desde los Huetos, pasando la ermita de Santa Marina. Este viejo camino fue utilizado asiduamente hasta el siglo XIX.

Su ubicación junto al camino llevó, al parecer, a que en 1833 se hiciera una tronera en el tejado, para vigilar este paso.

Escolumbe se halla en la base del valle denominado "Matadero", porque aquí se despeñaban bastantes animales, vacas y toros, desde la sierra.



F102 - Eduardo Martínez de Santos

Eskolunbeko Santutegia Katadiano herrian dago, Badaia mendizerraren ipar-ekialdean eta Arnateko igarobidetik jaisten zuen erdi aroko bide baten ondoan. Otoetik zetorren eta Santa Marinako baselizatik pasatzen zen bide hau erabili izan da XIX. mendera arte.

Honen kokapenak bidearen ondoan, 1833 urtean igarobidea kontrolatzeko teilatuan itsu-leiho bat egitea eragin zuen.

Eskolunbe, "Hiltegia" deitzen zaion toki batean kokaturik dago bailararen oinan. Izen hori du mendizerratik amiltzen ziren abereak, behiak eta zezenak besteak beste, bertara jausten zirelako.

Santuario

El nombre de "Escolumbe" es relativamente moderno, pues antes del siglo XVIII se le denominaba "Escorumbe", tanto en los documentos como la denominación popular. Y si retrocedemos más en la historia, el nombre que aparece es el de "Axcurumbe, cuya traducción podría ser "lugar bajo la peña lisa o cortada".

Un cercado de piedra protege la entrada; éste tiene dos accesos: uno al Sur, por donde salían las procesiones antaño, alrededor del templo; y otra al Norte, por donde regresaban, después de haber dado la vuelta al edificio. Este segundo acceso cuenta con un buen arco de medio punto.

Este santuario podemos fecharlo a finales del siglo XV y principios del XVI. Según consta, la bóveda de la iglesia concluyó en 1541. Las interesantes pinturas con las que cuenta pertenecen al siglo XVI.

El retablo es una joya del plateresco alavés, obra de Juan de Ayala y de Jerónimo de Noguerras. Está datado a mediados del siglo XVI. Una reciente restauración le ha devuelto todo su esplendor. En el retablo, por ser un santuario dedicado a la Virgen, encontramos escenas típicamente marianas como la Anunciación, la Visitación, la Asunción, la Dormición, el Nacimiento de Jesús y la Epifanía. La hornacina central está ocupada por una bonita talla de la Virgen Madre, coronada por dos ángeles. Entre las diversas imágenes podemos presenciar a San Roque y a San Sebastián, abogados



F103. Eduardo Martínez de Santos

contra la peste, y que nos recuerdan aquellos tiempos en que esta enfermedad asolaba los pueblos y ciudades, transmitida, con frecuencia, por los mismos transeúntes y peregrinos.

Los retablos laterales pertenecen al último cuarto del siglo XVIII. Están pintados imitando mármoles blancos. El retablo izquierdo lo preside la Virgen de Escolumbe, una imagen medieval del s. XIV. A su lado están sus padres, San Joaquín y Santa Ana. En la parte superior, la imagen de Santa Apolonia.

La imagen de la Virgen, antaño, estuvo en el centro del retablo mayor. Hubo un tiempo en que se vistieron estas imágenes, por lo que la bajaron al lugar actual, por estar más accesible para poder colocarle sus mejores galas. En el inventario de 1637 consta que llevaba un refajo colorado de grana y sobre él otro refajo de tela de seda y plata. También la engalanaron con corona y diversas joyas. No era extraño que alguien, como promesa por algún favor recibido, ofreciera un vestido a la Virgen.

El retablo derecho está presidido por Santa Lucía, la cual da nombre al retablo. Le acompañan: San Ignacio de Antioquia, San Blas y Santa Águeda.

El pendón, al que también se llamaba "bandera de Damasco", es de 1673; con sus cordones de seda y su cruz de plata. Costó 115 ducados. Se sacaba en las procesiones alrededor del santuario.

Era la insignia de la Cofradía. Hoy está bastante deteriorado.

El estandarte fue donado por el Ayuntamiento de Kuartango en 1904. En aquel año hubo una solemne peregrinación encabezada por dicha corporación.

El relicario que se da a besar en el día de la romería contiene una reliquia de San Pedro.

“Escolumbe” izena nahiko berria da, XVIII. mendera arte “Escorumbe” deitzen zion jendeak eta garai hortako dokumentuetan izen horrekin agertzen da. Historian oraindik ere atzerago jotzen badugu, “Axcurumbe” izena ere aurki dezakegu. Horren itzulpena “harkaitz lau edo ebakiaren azpian dagoen lekua” izan daiteke.

Ermitaño

Cuenta una antigua tradición del valle que aquí estuvieron viviendo unos frailes, siendo el lugar un monasterio, bajo la advocación de N^a S^a de Escolumbe. La puerta tapiada entre el coro y la casa aneja confirmaría esta hipótesis.

Sin embargo, más que frailes, en el sentido que hoy le damos al término, tenemos que recordar



F104. Eduardo Martínez de Santos

que con ese nombre se conocía al que cuidaba del santuario: fraile o fraila, en el caso de ser mujer. Así, "fraila" se le llamó a una tal María de Domaquia, que en 1605 se encargaba de cuidar Escolumbe.

Posteriormente se le llamaría ermitaño, y más tarde "pater".

El ermitaño, fraile o pater era el encargado de atender al santuario y acoger a las personas que se que quisieran quedar unos días para hacer sus devotas oraciones, como las novenas.

La primitiva "Casa del Fraile" se hallaba, en el s. XVI, sobre lo que hoy es el pórtico. Más tarde, a comienzos del siglo XVIII, se le hizo una nueva casa en la parte Norte.

Las obligaciones del ermitaño eran: cuidar y mantener el edificio, alumbrar el santísimo, conservar los objetos de culto, recoger las limosnas por los pueblos, etc. Recorría los pueblos del Valle y los alrededores (Zuia, Urkabustaiz, Valdegobía, Ribera Alta) pidiendo una limosna en dinero, trigo u otros productos; para ello necesitaba un permiso eclesial. En este recorrido llevaba una pequeña imagen de la Virgen de Escolumbe, a la que se le denominaba "La imagen de la demanda".

Al hacerse cargo de su oficio se comprometía a abonar un tanto anual al santuario en dinero y en

especie; a cambio, se hacía cargo de las limosnas que recogía en trigo, en dinero o en grano en sus recorridos por los pueblos. Las salidas de los ermitaños eran a veces largas; por ello registramos desde el siglo XVI la curiosa costumbre de entregar al ermitaño una cantidad para zapatos o "suelas para recoger la limosna", a costa del santuario.

En tiempos pasados fue habitual que estos ermitaños o frailes fuesen padrinos de bautismo.

Hubo algunos ermitaños que se volcaron con este santuario, como fue el caso de Tomás Martínez de Arrucea, que hizo heredera a la ermita, con las tierras que poseía, y 1.968 reales de vellón, según las cuentas de 1735

Pero no todos los ermitaños fueron "trigo limpio"; así, uno, denominado Fray Juan de Jugo, es amonestado por el visitador por ser un empedernido jugador de cartas, perdiendo el dinero recogido en las limosnas. Se le amenazó con que si no cambiaba de conducta, se le excomulgara y tendría que pagar cuatro reales cada vez que jugase. Y en el caso de persistir en su vicio, sería despedido por los mayordomos.

En muchas ocasiones no era un "fraile" o ermitaño el que cuidaba el santuario, sino una "fraila" o ermitaña. Una de ellas quiso ser enterrada en el

santuario; y su deseo fue cumplido. En 1636 fue enterrada en este lugar, con la asistencia de ocho sacerdotes.

El segundo día de la fiesta de agosto se hacía una feria de ganado, principalmente vacuno. Se llevaban bueyes y terneros. Los bueyes se engalanaban para la ocasión con las mejores fronteras y cubiertas, añadiéndoles las tradicionales campanillas. Para que destacasen más y adquiriesen mejor presencia, entre el yugo y la cubierta, se colocaba un saco de paja.

Los hombres, acudían a las romerías vestidos con un "pantalón de mil rayas", camisa blanca, y alpargatas blancas con cintas rojas. Las mujeres iban con un vestido claro y también alpargatas con cintas rojas para atarlas. En aquellos tiempos era frecuente ir descalzo al santuario, en cumplimiento de una promesa que se había hecho a la Virgen.

Una estampa típica de la romería de Escolumbe era ver a los fotógrafos con sus decorados. Los romeros aprovechaban para sacarse una fotografía en alguno de ellos. También acudían los vendedores, con sus puestos de almendras, caramelos, barquillos...

Actualmente se celebra la fiesta mayor el último domingo de agosto; acuden desde todo el Valle de Kuartango y pueblos de los alrededores a este santuario. Es una romería muy concurrida. Las

actividades lúdicas, la música y los puestos de venta amenizan la jornada.

El día de la acción de gracias es el segundo domingo de septiembre, y se hace la tradicional subasta.



F106: Eduardo Martínez de Santos

Erretaula, Juan de Ayalak eta Jerónimo de Noguera sek egin zuten eta Arabako plateresko egikeraren altxortzat hartuta dago. XVI. mendearen erdialdean dataturik dago erretaula. Orain duela gutxi egindako zaharberritze baten ondorioz, aintzinean zeukan distira berreskuratu du.



F105: Eduardo Martínez de Santos

Al finalizar la misa se da a besar la reliquia. La reliquia actual es la de San Pedro, pero, al parecer, antiguamente se veneraba la de Santa Apolonia, actualmente en Catadiano. La tradición así lo dice, y la devoción a esta santa –cuya imagen se encuentra en el altar lateral izquierdo- lo presupone.

Al igual que en la Trinidad, aquí también se erigía el "Castillo" humano, con la diferencia que aquí se hacía de cuatro pisos: en el primero de ellos había mucha gente, y otros apoyando; en el segundo, seis; en el tercero, tres, y en el cuarto, uno. Al último lo traía un joven, de pie, sobre los hombros, montado desde la ermita, con los pies descalzos. El de abajo le sujetaba fuertemente los tobillos. La gente les

recibía en dos filas (“haciendo el paseillo”). Se vitoreaba al Ayuntamiento, a los pueblos, a las parejas de novios, etc.

El que se subía a la parte más alta del “Castillo” vitoreaba a las personas a las que después pedirían un donativo: “¡Allá va la salud de fulano por muchos años que viva!”; a lo que todos respondían: “¡Viva!”. Los que habían sido vitoreados solían responder más o menos generosamente con unas monedas.

Enfermedades

Como gran parte de los santuarios y ermitas, no falta en este lugar sus tradiciones curativas. Esto, evidentemente, era mayor cuanto más retrocedemos en la historia. Fruto de este sentir curativo en torno a la Virgen de Escolumbe son los numerosos exvotos que antiguamente decoraban la pared izquierda del presbiterio. Eran ofrendas (pelo, miembros de cera que recordaban la parte del cuerpo curada, muletas, cuadros, etc.) como agradecimiento por el favor recibido por la Virgen.

También contaba la Virgen de Escolumbe con diversas joyas, reliquias y alhajas que los devotos le regalaban, en agradecimiento a los dones ofrecidos. Estas joyas han sufrido distinta suerte, según los avatares de la historia: de algunas se apropiaron los franceses en la Guerra de la Independencia, otras fueron vendidas para obras como cuando tuvieron que dorar el retablo, etc.

Según los inventarios realizados en épocas pasadas, la Virgen tenía unos corales, con su caja de madera, -sobre todo uno grande-, a los que se les atribuía poderes contra los flujos de sangre. Por eso existía la costumbre de acudir a este santuario cuando había que sangrar a un paciente, o cuando lo requerían otras dolencias y situaciones con peligro de hemorragias. De esta tradición curativa no quedan ya recuerdos.

En la parte superior del retablo izquierdo está la imagen de Santa Apolonia, aunque carece de sus atributos de santa. Se le ha tenido una gran devoción, y no sólo en Kuartango. Hay constancia que venían de otros valles colindantes, como Zuia y Zigoitia, andando, para suplicar a esta santa la curación de sus dolores de muelas. Un gesto frecuente era ver, a los que tenían problemas con sus dientes, pasar un

pañuelo por la cara de la santa, y después aplicárselo a la suya. Según otras versiones, los dolores de muelas se curaban bebiendo agua del riachuelo de esta ermita.

En el retablo de la derecha nos encontramos con tres santos curativos, a los que también se les suplicaba intercesión. Los males relacionados con la vista se presentaban a Santa Lucía; cuando los romeros querían implorar su ayuda, pasaban un pañuelo por la cara de Santa Lucía y después lo pasaban por sus propios ojos. Cuando el mal padecido era alguna enfermedad del pecho, las mujeres acudían a Santa Águeda. A San Blas, “santo de la garganta”, se le imploraba para curar los males relacionados con esta parte del cuerpo.

Rogativas

La Virgen de Escolumbe es la abogada de los campos; a ella han acudido, desde tiempo inmemorial, los habitantes del valle de Kuartango para elevar sus súplicas a la Virgen, como intercesora.

Cada pueblo de Kuartango tenía los días fijados de las rogativas o “rogaciones”. Los de Basabe, junto con Apricano y Zuazo, acudían a hacer rogativas la víspera de San Isidro; Jócana, Sendadiano, Etxabarri y Tortura acudían la víspera de la Ascensión; Catadiano, Anda y Andagoya el 6 de mayo. Los de la Ledanía de Anda, subían cantando las letanías desde Catadiano. Según cuentan los mayores de los pueblos de abajo, era todo un espectáculo ver cómo bajaban los de Basabe a la rogación de Escolumbe, pues lo hacían en caballerías, todos juntos. Ese día no se trabajaba.

Además de los días prefijados para cada pueblo, en el caso de que hubiese fuerte sequía o excesiva lluvia que hiciesen peligrar las cosechas, acudía todo el Valle a implorar la intercesión de la Virgen de Escolumbe.

Era obligatorio acudir, al menos, uno de cada casa. De no hacerlo así, se imponía una multa al no asistente. Con ello nos podemos hacer una idea de la importancia social que se daba a este tipo de actos religiosos por la implicación comunitaria que tenían.

Al salir del pueblo correspondiente, cuando se iba de “rogación”, se tocaban las campanas “a vuelta”, generosamente. Una vez que se llegaba a Escolumbe, antes de la misa, se cantaban las letanías

Leyenda

Se cuenta que había en Hueto un joven que padecía unos dolores de muelas muy fuertes. Aquello le atormentaba de una forma indecible. Había intentado todos los remedios conocidos: había quemado y aspirado el humo de saúco, cogido en la mañana de San Juan; había tenido en la boca alguna de las piedrecitas recogidas el Sábado Santo mientras el toque de campanas del Gloria; se había introducido ajo o sal en la caries de la muela; incluso se había aplicado un remedio que se lo habían dado como muy eficaz, que era el enjuagarse la boca con la propia orina... Todos los remedios habían fracasado en él.

El temperamento del joven había cambiado en los últimos tiempos. Se mostraba con frecuencia airado, y nada hacía que regresara a su cara aquella sonrisa tan espontánea de otrora. Un vecino, sabiendo su problema, le propuso una solución: si se quería curar del dolor de muelas, tenía que ir a Escolumbe, y rezar allí una salve a la Virgen. El joven de Hueto se mostraba ya escéptico ante tantos remedios que no parecían sino patrañas de viejas; pero como no tenía nada que perder, a los pocos días, fiesta de la Asunción, subió a la sierra Badaia y descendió a Escolumbe por la senda de Zirikitoba. Allí, en el concurrido santuario, rezó una salve a la Virgen. El ambiente festivo se manifestaba en cada rincón de aquel lugar. Por todas partes se veían familias comiendo en corros, y jóvenes bailando al son de la música. Pero el joven de Hueto no estaba para muchas fiestas, así que en cuanto cumplió con el rito exigido, volvió a tomar el camino de regreso. Llegó a casa con el dolor marcado en la cara. Dejó transcurrir un par de días para ver si la salve hacía sus efectos anestesiadores. Pero, una vez más, el resultado había sido nulo.

No tardó en encontrarse con el vecino, y le echó en cara la falsedad del remedio que le había proporcionado, pues tenía tanto dolor de muelas como antes. El vecino le preguntó:

- "¿Has rezado con devoción?"

El joven se quedó dudando. El otro continuó:

- "Vete de nuevo y reza una salve con la mayor devoción que seas capaz, y verás como te dejan de doler las muelas".

A los pocos días, por la fecha de la Natividad de la Virgen, el 8 de septiembre, se hacía la romería de acción de gracias, así que el joven de Hueto se puso de nuevo en camino. Atravesó toda la sierra de Este a Oeste, y se presentó ante la Virgen de Escolumbe. Cuando había concluido la misa mayor, y toda la gente se hallaba en la popular subasta, él penetró en el recinto sagrado, se arrodilló con gran humildad ante la Virgen, y le imploró que tuviese piedad de él. Durante un largo rato estuvo orando ante la Madre del Cielo. Se daba cuenta que hacía mucho tiempo que no rezaba de aquella manera, y sintió que una profunda paz inundaba su interior. Para concluir, fue desgranando una salve. Fue consciente de que había dicho aquella oración muchas veces, pero que pocas veces se había detenido a hacerla despacio, con pleno conocimiento de lo que decía.

Cuando se incorporó del lugar donde se encontraba arrodillado, se dio cuenta de que no le dolían las muelas. Después de muchos días, aquel dolor infernal había desaparecido de su cara. Y lo que era mejor, había quedado en su interior una experiencia que nunca olvidaría.

de los santos en procesión alrededor del santuario, dando la vuelta en torno a la ermita, en sentido contrario a las agujas del reloj, saliendo por la puerta secundaria y entrando por la principal. En las rogativas se sacaba a San Isidro, el estandarte y el pendón. Después de la procesión se cantaba la misa. Concluidas las pertinentes oraciones, se hacía comida campestre. Por la tarde se rezaba el rosario y haciendo los cultos de acción de gracias, subastándose las ofrendas que llevaban los feligreses en beneficio de la ermita. No faltaba la música del tamboril y otros instrumentos animando estos festejos hasta el anochecer.

Los cofrades que acudiesen a la ermita cuatro días determinados (la Natividad de la Virgen, la Purificación, la Anunciación y el día de San Prudencio), obtenían siete años y cuarenta días de indulgencias, concedidas por Clemente XIII en 1763.

La Cofradía, que había surgido como manera de fomentar la fe y las buenas costumbres, acabó cayendo en algunos excesos, o al menos eso era lo que pensaba el Visitador General en la visita que hizo en 1727. A partir de entonces se impusieron duras restricciones: no podían comer juntos hombres y mujeres, no se podía vender vino en el entorno de la ermita, se tenía que dejar de tocar el tamboril media hora antes del anochecer... Todo ello llevó a que fuese decayendo el ánimo de la Cofradía, y terminase por desaparecer.

Manantial

Como toda ermita o santuario que se precie, Escolumbe cuenta con un manantial de agua. En el momento de deshielo o de grandes lluvias ofrece una imponente estampa.

Una de las tradiciones del lugar afirma que esta agua proviene de Torrigoitia, en la sierra Brava da Badaia.

Más arriba del manantial, en el cortado de la peña, existe un covacho abierto al Oeste. Es una cueva natural, en la que se han encontrado restos de la Edad Media.